



Universidad Autónoma  
del Estado de México

# Dientes de luna



Lizeth Jacqueline Gutiérrez Pérez  
Verónica Buentello Leos (Ilustración)



# Dientes de luna



# Dientes de luna

Lizeth Jacqueline Gutiérrez Pérez  
Verónica Buentello Leos (Ilustración)



Primera edición, julio 2022

*Dientes de luna*

Lizeth Jacqueline Gutiérrez Pérez

Segundo lugar del Noveno Concurso de Cuento Infantil

Verónica Buentello Leos

Ilustración

Javier de Jesús López Castañares

Editor

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-498-0

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Erika Mendoza Enríquez

Diseño y formación: Antonia Aguilar Araujo



**DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS**  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales  
Carlos Eduardo Barrera Díaz  
*Rector*

Doctora en Humanidades  
María de las Mercedes Portilla Luja  
*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración  
Jorge Eduardo Robles Alvarez  
*Director de Publicaciones Universitarias*

**Noveno Concurso de Cuento Infantil  
del Centro de Actividades Culturales (CeAC)**

**Director del Centro de Actividades Culturales**  
Javier de Jesús López Castañares

**Comité Organizador 2022**  
Javier de Jesús López Castañares  
José Roberto Anaya López  
Mirna Guadalupe Ramírez Luna  
Jesús Eduardo Garduño Espinosa

**Jurado del Noveno Concurso de Cuento Infantil**  
Paloma Cuevas Ramos  
Andrea Fernanda Abonce Pasillas  
Yuritza Areli Medellín Sánchez

**Para Edwin  
y sus bellos dientes de luna.**

**A mis padres,  
que también me bajarían la luna.**





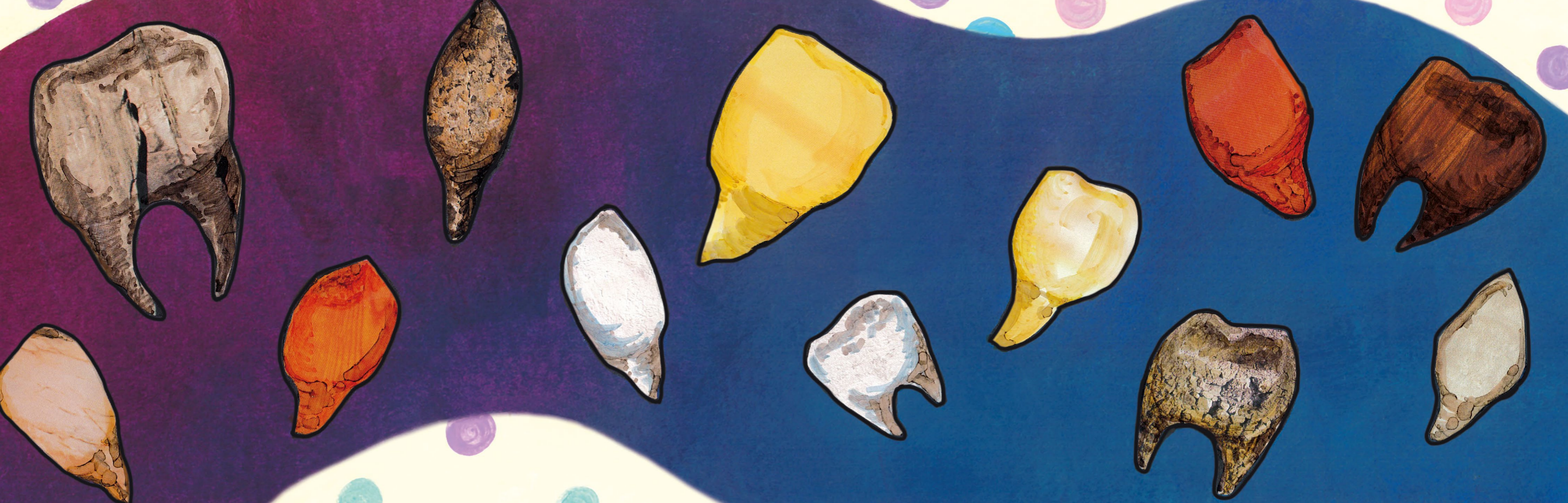
**Hace muchos años**, en un país de valles y ríos, había un **niño** tímido, pero valiente, joven, pero decidido, que vivía feliz con su **madre** en una casa pequeña, pero acogedora. Él tenía un solo problema: no tenía **dientes**. Su dentadura de leche se había caído, como les pasa a todos los niños a su edad, sus encías eran tierra árida y no volvieron a crecerle ni los colmillos. Debido a eso recibía burlas de sus compañeros, que no dejaban de mencionar su fea sonrisa, así que él no se atrevía a reír, lo hacía con la boca cerrada, sosteniendo el aire y sacándolo por su nariz. Otra de sus dificultades era que no podía comer alimentos sólidos, pues no tenía cómo triturarlos en su boca para poder tragarlos.

El **niño** ya no soportaba vivir sin **dientes**, por lo que le rogó a su **madre** que le ayudara a encontrar unos nuevos. Fue a su habitación, ella estaba tejiendo en su cama, frente a su ropero, donde el **niño** sabía que escondía algún artefacto que podía ayudarle a cumplir su deseo.

—**Mamá**, ya no soporto seguir chimuelo. Es horrible. Por favor ayúdame a conseguir **dientes**.

No necesitó decir más, su **madre** inmediatamente aceptó ayudarlo, prometiéndole, por el amor que le tenía, que encontraría el material perfecto para él.





Así que comenzaron puliendo **pedras** cuidadosamente, las afilaron con una lija y se las colocaron en las encías, uniéndolas con goma de mascar. Pero esos **dientes** de roca se movían con cada mordida y le dejaban un desagradable sabor a tierra en la boca.

Intentaron construirle unos de **madera**, usando un pequeño serrucho para recortar la circunferencia de las muelas. Tampoco funcionó, pues le astillaban los labios con cada sonrisa que intentaba mostrar y el agua junto a su saliva hacían que rechinaran de manera constante.

El **yeso** y el **mármol** tampoco fueron exitosos. Uno se cuarteaba con cada cepillada y el otro era tan pesado que le dificultaba abrir la boca.

Continuaron influenciados por los antiguos mayas, eligiendo cuidadosamente granos de **maíz** para llenar sus encías. Intentaron usar crudo y cocido, pero el primero era demasiado duro y el segundo no era lo suficientemente firme para soportar la comida, por lo que el niño terminaba comiendo maíz como acompañamiento en cada platillo.



Se estaban quedando sin ideas, habían usado todos los materiales que estaban a su alcance. No querían rendirse, así que la **madre** sacó debajo de su colchón todos sus ahorros y compró veintiocho **perlas** blancas que acomodó en cada una de las encías disponibles de su **hijo**. Terminaron hasta la madrugada. Su sonrisa parecía un collar de perlas que costaba millones de pesos. Por un par de momentos ambos se sintieron victoriosos, su sonrisa era, por primera vez, hermosa y podía articular cada palabra sin sentir ninguna astilla, rasguño o molesto sabor. Pero cuando intentó dar un primer mordisco, sus esperanzas resbalaron y cayeron al piso. Las **perlas** eran demasiado redondas, la comida, en lugar de ser triturada fácilmente, se resbalaba entre sus **dientes** y solo se aplastaba.



—Ya no creo que nada funcione  
—dijo el **niño**, con lágrimas en los  
labios y encías desnudas.

Ambos salieron decepcionados a  
la comprensiva noche.

El **niño** luchaba por convencer a su cabeza de  
que su sueño no se volvería realidad, al menos  
en esa vida. Su **madre** sacaba lágrimas,  
chorreando su propia impotencia. Se había  
prometido hacer feliz a su **hijo** y no había  
logrado hacerlo. Miraron la **luna** al  
mismo tiempo, pidiendo un deseo o  
reconfortándose con su serenidad.

—La **luna** tampoco tiene dientes y aun así  
todos piensan que es bella —dijo la **madre**,  
intentando reconfortar a su **hijo**.

—Pero yo no soy la **luna**, no me parezco en  
nada a ella. Necesito tener **dientes** como  
cualquier persona del mundo.

—Ya hemos intentado todo lo que estaba en nuestras  
manos, mi **niño**. No sé qué más podamos hacer.

—Si la **luna** estuviera más cerca o si viviéramos  
allá, quizá podríamos intentar usarla  
como material para mis **dientes**.





Aquello encendió una idea en su **madre**, que de inmediato comenzó a construir un plan. Quizá sí podría ayudar a su **hijo** y brindarle unos hermosos **dientes** funcionales.

—Creo que sí es posible bajarla.

—¿Qué cosa?

—La **luna**. Creo que podríamos acercarla lo suficiente, mi amor.

El **niño** no comprendió a lo que su **madre** se refería. No era posible bajar la **luna**, hasta donde él sabía.

—Tú sabes que tengo algo en mi armario, algo que podría ayudarnos, ¿no? —le dijo su **madre**, intentando explicar su idea.

—Sí, pero no estoy seguro de qué es. Nunca me lo has dicho, **ma**.

—Son algunas **cuerdas** que encontré bajo mi pupitre de la escuela en el salón de ciencias, cuando tenía más o menos tu edad. Son objetos especiales. Al principio no sabía cómo funcionaban o para qué servían, pero poco tiempo después me di cuenta de cómo podría usarlas. Me han ayudado durante toda mi vida. Con ellas podía enlazar y atraer hacia mí todo lo que quisiera, solo tenía que estar segura de qué era lo que necesitaba y hacer un pequeño ritual.

Con eso obtuve el dinero para mis **estudios**, las ganancias para comprar nuestra **casa**, el valor para tomar **decisiones** importantes y otras **cosas** más. Cuando llegaste a mi vida, guardé las tres que me quedaban para utilizarlas en alguna emergencia o asunto relevante, creo que podríamos utilizar una esta vez. Será nuestro último intento.



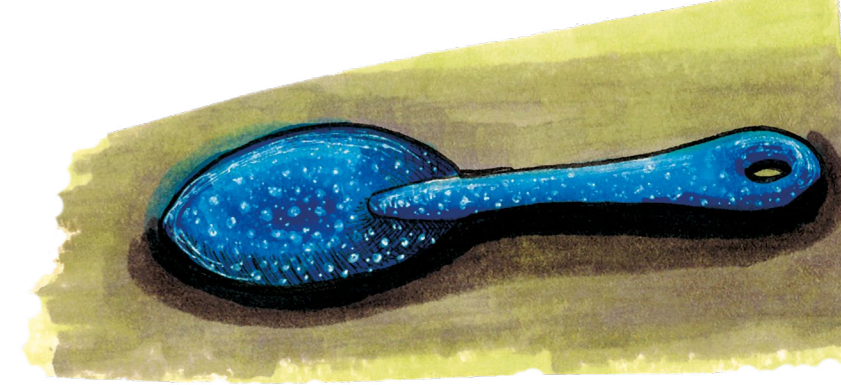
—¿Eso en verdad se puede, **mamá**? Suena muy irreal.

—Nunca he intentado enlazar un objeto tan lejano y grande, pero me parece que podría funcionar, mi amor. No perdemos nada con intentarlo.

—¿Y qué tenemos que hacer?

—Enlazar la **luna** ahora es complicado, tenemos que esperar a que esté en forma de **C**, para poder agarrarla de la punta con más facilidad. Ahora estamos en la fase cuarto menguante, la luna está en **C**, ¿ves? Es muy tarde para hacerlo ahora, casi desaparece en su fase de **luna** nueva. Tenemos que esperar a que vuelva a esa forma, será en una semana y media o más. Estará llegando a su fase de cuarto **creciente**. Ese será el momento en el que podamos bajarla.





Y así lo hicieron, esperaron el tiempo necesario, planeando cada uno de sus pasos. Prepararon la cuerda, eligieron la **cuchara** más resistente que tenían en **casa** para poder raspar la **luna** y obtener la cantidad de materia suficiente para la **dentadura**. Estaban nerviosos, nunca habían hecho algo como aquello, pero tenían la seguridad de que lo lograrían.

La **luna** creciente llegó y ambos subieron a la azotea para estar lo más cerca que pudieran de ella.

La **madre** llevaba su **cuerda** en las manos, un chicle, un aro, una hoja de papel y un marcador negro. Lo puso todo en el suelo, se sentó en medio del aro, comenzó a mascar escandalosamente el chicle sabor menta y le pidió a su **hijo** que retrocediera unos pasos.

—Necesito hacer un pequeño ritual antes de poder enlazar, si no lo hago no funcionará.

Escribió siete veces en su hoja las palabras “Deseo la **luna**”, poniendo atención en cada una de las letras, repitiendo la frase en voz alta. Dobló cuidadosamente el papel y lo puso frente a sus pies, se levantó lento, tomó la cuerda, cerró los ojos y lanzó uno de sus extremos sacando chispas por la rapidez. Se mantuvo quieta, esperando que la cuerda, que cada vez se hacía más y más larga, llegara a la **luna**. Cuando lo hizo, se insertó perfectamente en la punta. La **madre** tiró un poco de ella para asegurarse de que no se soltaría, pero se mantuvo firme. Comenzó a jalar la cuerda con fuerza, mientras ésta sacaba un brillo dorado deslumbrante, delatando que su plan daría resultado. Ella extendía su brazo, tomaba la cuerda y lo acercaba a su pecho, repitió ese movimiento decenas de veces, hasta que la enorme **luna** se encontraba a solo un metro de sus ojos. Su grandeza no les permitía mirar hacia otro lugar.

—Está más pesada de lo que esperaba, no creo poder sostenerla el tiempo suficiente. Ráspala rápido.



El **niño** se acercó a la **luna** y con su cuchara predilecta comenzó a rascarla. La superficie del gran satélite comenzó a ceder después de unos segundos y pequeñas migajas cayeron en su mano. Siguió raspando, mientras su **madre** luchaba contra la resistencia gravitacional del astro, que berrinchudo insistía en volver a su órbita. Poco a poco su **madre** se quedó sin fuerza y soltó la luna, haciendo que volviera corriendo a su sitio natural.

—¿Obtuviste suficiente, amor?

—No lo sé, **ma**.



Juntaron las moronas, que el **niño** había recolectado, incluso las pequeñas que accidentalmente habían caído al suelo y comenzaron a moldear con los dedos, como si de plastilina se tratara. Les dieron la forma de unos perfectos **dientes** frontales y un par de **colmillos**. La **luna** era un material maleable que obedecía a la yema de sus dedos. Intentaron probarle un diente incisivo en la parte superior de su boca, encajó perfectamente, se adaptó por completo a sus encías. Parecía que la **luna** amaba tanto formar parte de su sonrisa, y encajar en su boca, que cuando su **madre** intentó quitárselo y acomodarlo en otro sitio, el **diente** desobedeció y se mantuvo en su sitio. Resultó imposible sacarlos de su boca, no podían quitárselos, ahora eran intrínsecos a sus encías. Eso no le molestaba al **niño**, pensó que era la dentadura más bonita que había tenido, superaba incluso a sus antiguos dientes de leche.





El único problema era que el tiempo no había sido suficiente para obtener la cantidad necesaria de material, solo había alcanzado para los **incisivos** y dos **colmillos**. Aún le faltaban los **dientes** premolares y molares para poder lograr una sonrisa completa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó el **niño** a su **madre**, temeroso de quedar medio chimuelo.

—Vamos a tener que usar las dos cuerdas sobrantes para poder juntar la cantidad de **luna** necesaria para tus dientes, mi vida.

—¿Estás segura? Creí que era para emergencias.

—Tu tristeza es una emergencia para mí, quiero que disfrutes de unos **dientes** fuertes y ésta es la mejor solución.

Al día siguiente la **madre** realizó el mismo ritual, bajó unos segundos la luna para su **hijo**, quien obtuvo lo suficiente para sus **premolares**. Los moldearon con cuidado, porque una vez puestos no podrían quitárselos para arreglarlos, y se los colocaron, su dentadura estaba más completa cada día y su sonrisa se mostraba con más entusiasmo.



Pero la **madre** se sintió temerosa el tercer día. Solo les quedaba una oportunidad para completar su misión y la **luna** comenzaba a avanzar hacia su siguiente fase. Se hacía más grande y su masa había aumentado. Sostenerla sería más difícil.

Esa noche usó unos guantes para que la cuerda no se le resbalara ni un centímetro y se puso unas botas de trabajo para que sus pies no derraparan en el piso de la azotea. Llevó todos sus materiales para su ritual y deseó con más intensidad lograrlo. Lanzó la cuerda con fuerza y ésta volvió a engancharse. Respiró y comenzó a jalar despacio, pero con seguridad, mantenía sus ojos fijos en la superficie **lunar** que cada vez se hacía más grande.



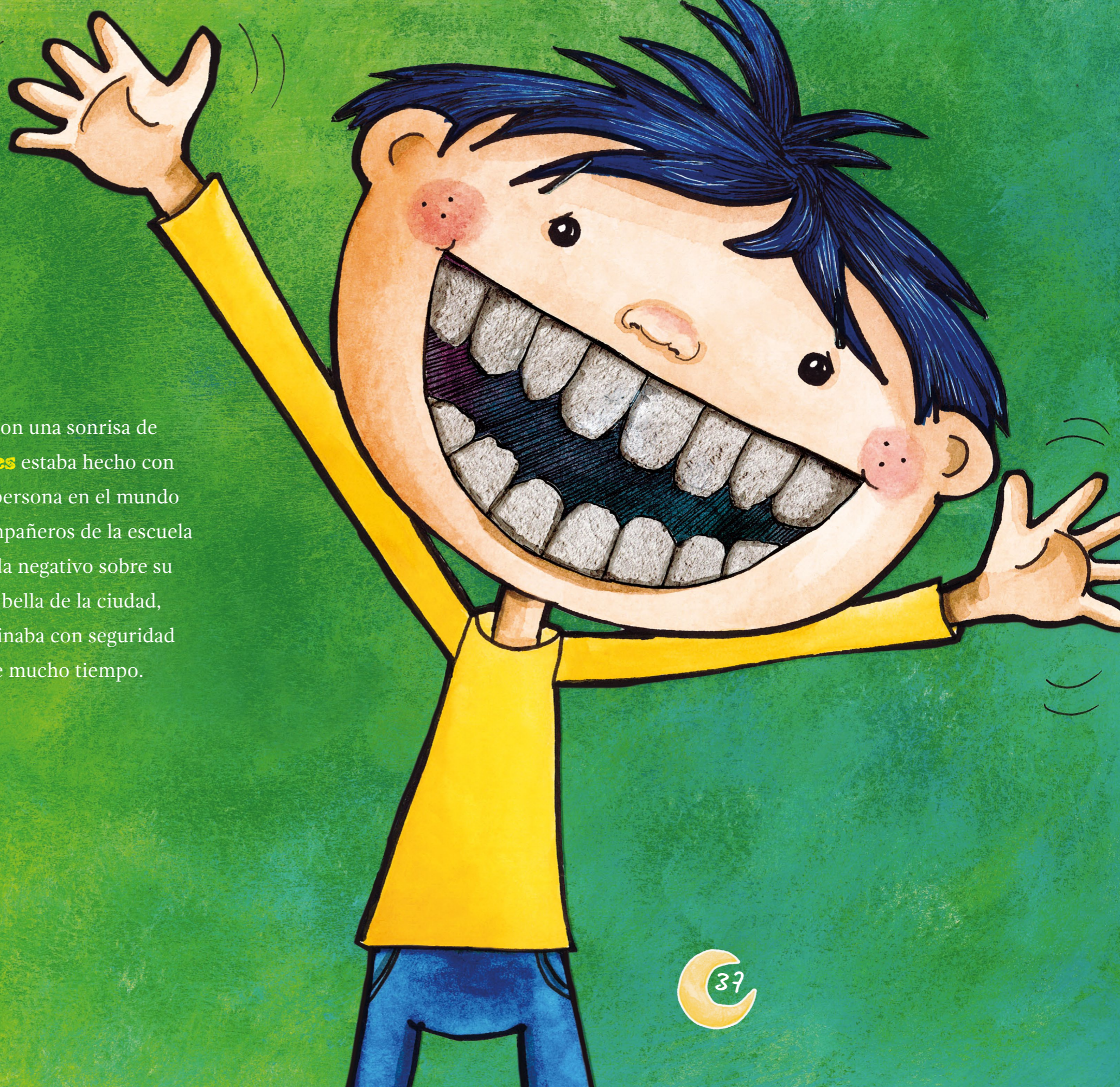
La **luna** había aumentado su tamaño y su peso, por lo que la **madre** apuró a su **hijo**, para que raspara con fuerza y obtuviera el mayor número de moronas posible, pero el tiempo fue aún más limitado, la cuerda se resbalaba de las manos de la **madre**. Sentía que en cualquier momento se escaparía la **luna**, así que sujetó la cuerda bajo su brazo, se quitó uno de sus guantes y comenzó a raspar con las uñas la superficie. Ambos estaban desesperados, rascando rápidamente. La **luna** se alejaba. Se pusieron de puntitas para alcanzarla con sus brazos estirados, las uñas comenzaban a sangrarle a la madre, cuando la cuerda se rompió y la **luna** se alejó corriendo, cuidando que no fuera quebrada de nuevo.





El **nino** y su **madre** no estaban seguros de si la cantidad recolectada sería suficiente para completar sus **muelas**. Aun en la azotea comenzaron a moldearlas. Usaron palillos para darles una forma perfecta y definida. Apenas terminaban uno, se lo colocaban para no perder ni una pizca. Tuvieron que hacer una **muela** un poco más pequeña, pues usaron hasta la última pequeña parte que pudieron y que podrían recolectar.

El **niño** terminó esa noche con una sonrisa de **luna**. Cada uno de sus **dientes** estaba hecho con ese material que ninguna otra persona en el mundo tendría en su dentadura. Sus compañeros de la escuela ya no pudieron mencionar nada negativo sobre su sonrisa, que ahora era la más bella de la ciudad, quizás del mundo entero. Caminaba con seguridad por primera vez desde hace mucho tiempo.





Pero algo imprevisto lo sorprendió a él y a su **madre**. Sus **dientes**, pequeñas **lunas** bajo sus encías, no olvidaron su propio origen y continuaron obedeciendo a su **madre**: la **luna**. Cambiaban de fase junto a ella, pasando de llena a cuarto menguante y de cuarto menguante a **luna** nueva, esperando el cuarto creciente y volviendo a la **luna** llena. Había días que el **niño** no tenía ni un diente en su boca, otros días tenía **dientes** que parecían de tiburón, con forma de gancho, y una vez al mes lucía la sonrisa más hermosa del mundo, presumiendo orgulloso sus **dientes de luna**.

## Lizeth Jacqueline Gutiérrez Pérez

Cursó el específico de Literatura en el Centro de Educación Artística Frida Kahlo. Presentó su trabajo junto con otros compañeros en el Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia. Fue parte del comité editorial de la revista *Zaragato* y obtuvo una mención de publicación en el Concurso literario Biblioteca Popular del Paraná (2020). Actualmente estudia la Licenciatura en Escritura Creativa y Literatura en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Fue parte del Taller de Cuento Insólito. Trastocar la Realidad con la Escritura en la misma universidad, impartido por Alejandro Paniagua. Publicó en las revistas *Glycís* (2020), *Anestesia* (2022), *Primera página* (2022), *Sombra del aire* (2022), *Punto en línea* (2022), *Irradiación* (2022) y en el blog literario *Licor de cuervo* (2022).



## Verónica Buentello Leos

Realizó estudios de Artes Plásticas en la Escuela de Bellas Artes de Toluca, Estado de México, y cursó la Licenciatura en Artes Visuales en la UAEM. De 1993 a 1996 fue colaboradora en la ilustración de libros de texto gratuitos de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Ha ilustrado cuentos infantiles para editoriales como la SEP; Alcaraván, del Centro Cultural Mexiquense; las revistas *Castálida e Ilusionaria* (España); los libros *Tini y sus amigos: misión hermano* y *El asteroide de Ganimedes*, ganadores del Concurso de Cuento Infantil del Centro de Actividades Culturales (CeAC). Desde 1994 ha participado en diversas exposiciones colectivas e individuales en México, Colombia, Francia, España, Estados Unidos e India. En 2009 realizó el mural *Flying together en Katy*, Texas. En 2013 instaló una exposición digital de su obra en el MUNAL. Actualmente se dedica a la ilustración, la pintura y la docencia de las artes visuales.







- △ Para leer en Navidad
- ☆ Para leer fuera de Navidad
- 🥛 Acompañar con un vaso de leche
- 🚗 Para leer en el auto de papá
- 🚗 Para leer en el auto de mamá
- ⦿ Para leer solo y esperando
- ◻ Para leer antes de dormir

# SDC

